

Zenia Yébenes Escardó, *Hechos de Tiempo*, México, Herder, 2023, 276 pp. ISBN: 978-607-7727-99-6

ÁNGELES ERAÑA

Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM

¿Somos –nosotras, las personas– tiempo? El tiempo parece algo inmaterial, nosotros somos cuerpo, materia densificada, sustancia. ¿Cómo somos tiempo?, ¿cómo podemos estar fabricadas de tiempo? *Hechos de tiempo* podría referirse –no a nosotras, las personas–, sino a los *hechos*, a los eventos, acontecimientos o sucesos que acaecen. Nuevamente la pregunta se impone: los hechos están fijos, son una determinación. El tiempo está en tránsito perenne, ¿cómo pueden los *hechos ser tiempo o ser de tiempo*? Esta indeterminación –esta aparente contradicción– incorporada en el título del libro que aquí nos atañe es sólo el inicio de una profunda, generosa y nada complaciente ni condescendiente invitación a revisar nuestras imágenes del mundo, a preguntarnos por la posibilidad de imaginárnoslo de otro modo, a crear un imaginario que nos permita mirar de otra manera lo que somos –nuestra propia composición–, lo que es el tiempo, lo que son los hechos. Una convocatoria a esbozar figuras nuevas para el mundo, unas que permitan articular otras *formas de vida*, que hagan posible “lo urgente: reconstruir un *habitus* para habitar lo inédito” (p. 192).

Una de las preguntas que sirve de guía al libro es ¿cómo podemos seguir viviendo juntos? En consonancia con las ideas que en él se presentan, este cuestionamiento no tiene una respuesta única, unívoca o directa. Lo que la lectura del volumen nos ofrece son una serie de imágenes que se deslindan de “las palabras y los conceptos que intentan fijarla” y que hacen visible que para seguir viviendo juntos necesitamos advertir que el *futuro se hereda*, que todo lo que existe, “existe inscribiéndose. Es decir, existe al inscribir las huellas de vínculos y combinaciones del *pasado* cuyo rastro es

retenido para nuevas formas de existencia en el futuro” (p. 70). Que quizá –en vez de obsesionarnos con *el Origen* o el *Fin* de todo– valga la pena “buscar orientaciones, direcciones y conexiones que permitan ‘perseverar en el ser’ la coexistencia de temporalidades heterogéneas que *actúan* en un mundo en transformación incesante” (p. 75), que hagan posible “habitar mejor el mundo común que compartimos” (p. 75).

Somos tiempo. Pero no somos un transcurrir del tiempo, sino múltiples trayectos que se entrecruzan y se horadan. Algunos ocurren simultáneamente, otros de forma paralela. Cada trayectoria, cada cruce, puede presentarse, aparecerse, de maneras diferentes. Somos lo que fueron quienes estuvieron antes de nosotros y lo que serán quienes vendrán después. Somos mudanza y somos huella. Pero podemos con Zenia Yébenes preguntarnos ¿quiénes son capaces de tener “ser”? ¿Qué es el tiempo? El primer capítulo del libro responde a estas preguntas para después, en el segundo, hacernos ver que las maneras de pensar al tiempo están ligadas a los modos de aparecerse del mundo, a su configuración manifiesta, a nuestra manera de estar en él, al modo como los nervios se trenzan y disipan la frontera entre el adentro y el afuera. El último capítulo deja ver cómo las metamorfosis más profundas no necesitan acciones grandilocuentes, sino que se encuentran en lo extraordinario de lo ordinario, en los “sucesos cotidianos que apuntan... a la transgresión del marco pragmático de la razón y el trabajo en el que ha evolucionado nuestro aparato cognitivo” (p. 203).

Solemos pensar al tiempo como una magnitud, como un *item* que puede medirse y cuantificarse. Esto nos ofrece una manera de percibirlo, una imagen del mundo a la que Yébenes llama *imagen-movimiento*, una “en la que el tiempo se conoce indirectamente a través de un movimiento que se produce por fuerzas *externas*” (p. 39). A esta manera de pensar y percibir le subyace el supuesto de que “la realidad y la experiencia... están formadas por lo que llamamos ‘hechos’” (p. 28), esto es, por entidades discretas y discernibles que pueden ser clasificadas, acomodadas y cuantificadas. Que pueden ser conocidas y manipuladas. Esta imagen, esta percepción, suele ir enlazada de lo que ella llama *memoria-hábito*. Esto es, una memoria del cuerpo que lo prepara para la acción. Este

modo de conjuntar la percepción y la memoria hace posible el ordenamiento, facilita la acción y la comunicación. Esta imagen del mundo (esta manera de experimentar el tiempo) busca ponerle fin a la angustia que la incertidumbre epistemológica provoca en nosotros y para hacerlo busca capturar en conceptos las imágenes que son siempre inciertas porque están en continuo movimiento, en constante transformación, porque nunca se revelan completas y, por tanto, tienen un número muy grande de posibles descripciones o determinaciones. La zozobra que produce la indeterminación epistemológica va de la mano de un ansia ontológica: si no encontramos un modo de fijar el mundo –de explicarlo en términos de hechos– entonces estamos destinados a vivir en un cosmos que nos es inaccesible, desconocido; no podemos saber cómo es o incluso no podemos saber qué es.

La imagen anterior, nos dice la autora, es una simplificación que, como casi cualquier simplificación, se ve desbordada por “aquello que intenta reducir” (p. 30). Los hechos son de tiempo y, por tanto, no están *hechos*, sino que están haciéndose. La realidad es aparición sensible y, en este sentido, no puede ser reducida a un hecho o a un conjunto de ellos: la realidad teje muchos tiempos al mismo tiempo. Podemos fijar y segmentar el tiempo, podemos adherirlo a una delimitación determinada, pero entonces una o algunas partes de lo segmentado podrán quedar sin precisar. Al hacerlo, además, desatenderemos “el corazón interior rítmicamente palpitante en el que está atrapado el objeto o lo que se ha de conocer” (p. 41). Cuando captamos la efervescencia constitutiva de todo cuanto hay podemos aprehender la unidad de las cosas “desde dentro, abrazando su confluencia única de devenir, su suceder irreversible” (p. 41). Esto es lo que Yébenes llama la *imagen-tiempo*, la experiencia de un “presente fugaz que en todo momento está pasando al pasado cuyas huellas se conservan” (p. 43). Estos surcos son parte de la herencia del futuro. Esta imagen suele conjuntarse con la *imagen-memoria*, esto es, con una forma de la memoria que evoca huellas, que hace posible mirar al pasado dislocándose y romper “nuestros vínculos intencionales y prácticos con las cosas... abandonar los esquemas de la instrumentalidad y entregarnos al apoyo de la tierra que sostendrá la práctica sin nosotros” (p. 107). Esta memoria se dibuja ahí, “en el vuelo de

los vencejos que llega de un pasado que no es el propio y se desliza hacia un futuro sin anticipación” (p. 106).

La vida, por otra parte, es exceso de inmanencia, “diferenciación de sí en el tiempo... espacialización del tiempo para *dar lugar a*. Temporalización del espacio para que *algo pueda pasar*” (p. 197). Porque esto es así, la pregunta ¿quién es capaz de tener “ser”? es respondida con un cuestionamiento a los dualismos jerárquicos que se trazan entre lo humano y lo no humano, entre los objetos y los sujetos. Desde la perspectiva de la autora de este libro, la distinción entre lo vivo y lo no vivo es resultado del “imaginario del carbono”. Esto es, “del movimiento histórico que convierte una *biología específica* en ontología” (p. 56), que sostiene que “lo no vivo desempeña el papel de lo secundario y estéril que hay que conjurar y rechazar” (p. 57) y que construye “escalas temporales que permiten hacer conmensurables todas las cosas” (p. 72). Sin embargo, la visión lineal del tiempo que va asociada con este imaginario no “encaja con los ciclos del carbono en el suelo, la atmósfera y los océanos” (p. 72). El carbono, como todo lo que existe “existe inscribiéndose”, es decir “existe al inscribir las huellas de vínculos y combinaciones del *pasado* cuyo rastro es retenido para nuevas formas de existencia en el *futuro*” (p. 70). Si “tener ser” es “tener vida” y la vida es “una intrincada intersección de ritmos, compases, secuencias, comienzos y finales”, una inscripción del tiempo en el espacio y viceversa, entonces la distinción entre lo vivo y lo no vivo se desvanece y, por tanto, no sólo las cosas vivas tienen “ser”. De hecho, de acuerdo con Zenia Yébenes, “el ser que somos no nos viene de nosotros, nos fue transmitido de formas de vida y de materia del pasado que, inscritas en lo que existe, se transmiten al futuro” (p. 145). Todo lo inerte y lo no inerte deja huellas, rastros: como testigo están las placas tectónicas, las marcas dejadas por el paso de un río en un viejo puente abandonado, los caminos hechos de pisadas. Esas formas de inscripción dan lugar a otros modos de “ser”, a otras inscripciones, a otras huellas, a otras (y las mismas) *formas de vida*.

El tiempo, como hemos visto, trae consigo una imagen del mundo. Se inscribe en el espacio y adquiere una forma de aparición sensible. Ésta es la realidad. Así, el tiempo es una herramienta potencialmente colonizadora. Esto es lo que ocurre cuando el Capital se instituye como figura domi-

nante. Se instaura entonces un imperio del tiempo, “un orden temporal abstracto, impersonal y extremadamente preciso en aras de la producción del valor” (p. 149). Parte de su éxito reproductivo tiene que ver con su capacidad para mercantilizar distintos tipos de activismo y para hacer invisible el “tiempo concreto, el tiempo vivido” y las múltiples figuras que de él emanan. Dije antes que otros modos de pensar el tiempo pueden dar lugar a otras formas de vida. Éstas son el acuerdo no contractual de la vida social. En ellas resonamos con los otros y enmarcamos nuestra percepción del mundo que, a su vez, es formada y transformada por el *habitus*. Éste es una disposición permanente pero abierta que “actúa según la trayectoria vital y la lógica singular de cada cuerpo que lo incorpora” (p. 100). El *habitus* signa nuestra pertenencia a una forma de vida, pero no fija nuestra manera de habitarlo, así, la forma de vida es ella misma inestable: no es posible fijarla y determinarla, está siendo y no siendo siempre al mismo tiempo. El *habitus* conjuga percepción y memoria y por ello implica una comprensión dinámica del tiempo: enlaza el pasado y el futuro porque “actualiza huellas del pasado que se proyectan hacia el futuro”.

Para pensar porqué las formas de vida importan, Zenia apela al concepto de *mana* que alude a un poder social y nos refiere a la idea de un pegamento, de aquello que nos mantiene juntos. Lo sustancial de esta noción en este libro se despliega en cuatro rubros diferentes. En primer lugar, nos lleva a pensar en “el sistema nervioso que no está contenido entre los límites del cuerpo, que termina en el mundo, y que nos *pone en contacto a unos con otros y con lo que, en nosotros, va más allá de nosotros*” (p. 122). Permite, por otra parte, dar cuenta del acuerdo no contractual, de cómo éste está basado en resonancias corporales, a veces disonantes, pero que dan cuenta de nuestro deseo y nuestra identificación con una forma de vida que exhibe aquello “que inquieta sus bordes, lo que pone en tela de juicio su coherencia” (p. 122). Por esta razón el *mana* también hace posible avizorar la condición violenta y coercitiva del *habitus* y, finalmente, nos conduce a otear el *archivo de la forma de vida* que está “constituido por los vestigios de lenguajes, medios construidos y formas biológicas y materiales, así como por los rastros de historias concretas de los sentidos y del cuerpo” (pp. 131-132).

Con estos elementos teóricos y con las imágenes que ellos producen, Yébenes se acerca a nuestra realidad contemporánea y examina la manera como el *Soberano Moderno* o el *habitus* buscan atrapar el exceso de inmanencia (la vida) en circuitos que lo mantengan a raya, que impidan que se (nos) desborde, que puedan controlarlo para que la figura del mundo se mantenga bajo el manto de la ley, bajo un ordenamiento que nos aletarga y nos aliena de la vida. Hoy día vivimos una ruptura del acuerdo no contractual que hace difícil mirar a la vida como vida, que quiebra la resonancia y produce formas diversas de la violencia que hacen difícil seguir viviendo juntos. Para reanudar la vida no se necesitan acciones grandiosas, dice nuestra autora. Más bien, se necesita “invocar lo cotidiano como modo de habitar la devastación e ir hilando la vida” (p. 191), se requiere “descender a lo ordinario” y no escapar de ello. Es urgente, nos insiste, encontrar lo extraordinario en lo ordinario.

*Hechos de tiempo* es un libro que produce imágenes variadas, que articula voces múltiples al tiempo que hace expresa y manifiesta la voz única y singular de su autora. *Hechos de tiempo* es un libro que despierta la imaginación. Ésta última, como sugiere (insistentemente) Yébenes, es crucial para rearmar al mundo, para poder seguir viviendo juntos. Por ello, por la riqueza conceptual (y teórica) contenida en él y por su profundo carácter poético considero que es un libro indispensable en este presente nuestro en el que la vida ha dejado de ser vista como vida, en el que es urgente rehacer nuestras resonancias para tejer la realidad y producir una nueva imagen del mundo.